FRONDA LÍRICA

(POEMAS)

Altas ternuras.

Año Harmónico.

Fuego y Ceniza.

La Voz del Río.

Marta.

Gloria Tropical.

El Rey Febo.

Fin de un Drama.

Idilio Eterno.

Nina.

La Araña.

Buscadores de Orquídeas.

MADRID: MCMVIII
IMPRENTA DE BALGAÑÓN Y MORENO:
PELAYO, 36

* * * * * *

FRONDA LÍRICA

OBRAS DE JULIO FLÓREZ

PUBLICADAS

Horas.

Cardos y Lirios.

Manojo de Zarzas.

Cesta de Lotos.

PARA PUBLICARSE

De Playa en Playa.

Sueños de Opio.

Gotas de Ajenjo.

Gestos.

Retoños.

Flores Negras.

FRONDA LÍRICA

(POEMAS)

MADRID: MCMVIII
IMPRENTA DE BALGAÑÓN Y MORENO:
PELAYO, 36

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

ALTAS TERNURAS

FEB 1 1 1938

BOUND Jun 15 1938

431123

THE UNIVERSITY
OF TEXAS

ALTAS TERNURAS

I

Una vez, acerquéme, compungido,
á mi Madre—mi Madre fué una santa
que pasó por el mundo; bondad tanta,
en otro corazón, no he conocido.—

Valor la iba á pedir, consuelo, olvido,
para seguir viviendo. En mi garganta
se anudaba la voz. *Ella,* con cuanta
piedad oyó mi acento dolorido.

La iba á mostrar el mar de mi tristeza;
la roca de mi duda; la maleza
agresiva y hostil de mi fastidio;

á pedirla de amor una mirada
que, al radiar en mi senda desolada,
me apartase del antro del suicidio!

II

—Madre—la dije—el fardo de la vida
me agobia de tal modo, que no puedo
resignarme á vivir; y voy, sin miedo,
á entrar en la región desconocida...

Sálvame!—Su mirada condolida
se alzó á eompás de su tembloso dedo,
y—espera—dijo, con sûsurro quedo—
Dios besará los labios de tu herida!

Después, cogió en sus manos mi cabeza,
y la apoyó en su seno, q'el quebranto
enjutó en una vida de tristeza.

Y humedeció mi frente mientras tanto,
como con un bautismo de pureza,
con el agua bendita de su llanto!

III

Sus lágrimas de amor—esencia pura
de su inmenso pesar—en lluvia clara
cayeron, y en los surcos de mi cara
formaron un arroyo de ternura.

Arroyo que, al mojar la comisura
de mis labios, dejó una huella rara:
dejó miel en mi boca, como para
endulzar todo el mar de mi amargura!

Era que el llanto del amor materno,
que, hasta entonces pensé fuera de acíbar
como los otros llantos, aunque tierno,

dejando, al estallar, las celdas rotas
del panal de aquella alma, como almíbar
se desgranaba en transparentes gotas!

IV

—Júrame por tu Dios, que, mientras viva
yo, no te matarás! Júralo, hijo!—
Mi Madre, estremeciéndose, me dijo;
y se quedó un instante pensativa.

Después, con una voz más compasiva,
continuó:—solamente eso te exijo;
luego... puedes matarte, que, de fijo,
no será tu alma de Satán cautiva!

Porque habré de pedir con tanto celo,
al Supremo Hacedor, después de muerta,
que te perdone, que obtendré mi anhelo!

Y, cuando expires, estaré yo alerta,
para adornar, á tu llegada, el cielo,
porque Dios mismo te abrirá la puerta!—

V

Rodé á sus plantas y exclamé:—lo juro!—
y añadí:—cómo imaginar pudiste,
que este ser, que por tí tan solo existe,
pudiera abandonarte en lo futuro!—

Entonces, *ella,* me besó; y su puro
beso de luz, cuyo calor persiste
en mi frente, cruzó por mi alma triste,
como una estrella por el cielo obscuro.

—Es verdad—murmuró—no desconfío;
mas, para disipar todos mis miedos,
jura también, desventurado mío,

que, aunque el Dolor tu espíritu taladre,
cerrarás, con la punta de tus dedos,
los pobrecitos ojos de tu madre!—

VI

Me parece que aún su voz resuena,
como murmurio de agua cristalina;
como el blando rumor de la marina
onda que va á morir sobre la arena.

Fugaz la vibración de tanta pena,
cruzaba entonces por su faz divina
como suele cruzar la golondrina,
el azul de una atmósfera serena.

Porque, al punto, sus ojos—insondables
piélagos de miríficas ternuras—
y sus marchitos labios adorables,

que solo saborearon amarguras,
bulleron en sonrisas inefables,
en sonrisas de santa: eran tan puras!

VII

Desde aquel día, refrené la amarga
obsesión de morir; y, con paciencia,
Madre, por tí, llevé de la existencia,
calladamente, la penosa carga.

Hoy qne el recuerdo de tu amor embarga
mi corazón, resurge tu presencia
de Mártir, en la sombra y la inclemencia
de esta noche tan lúgubre y tan larga!

Óigote alzar tus fervorosas preces,
y, por poner á mis temores traba,
ocultarme tu angustia: ¡cuántas veces,

por no hacerme sufrir--¡tarde lo entiendo!--
contuviste la tos que te mataba...
pues, sin saberlo yo... te ibas muriendo!

VIII

Aún te miro—con el alma loca
por el pesar—tendida sobre el suelo;
de tus pupilas empañado el cielo,
sangre manando la entreabierta boca.

Me parece que aún mi mano toca
tu frente blanca y fría como el hielo;
y que me abrazo á tí, con un anhelo
furioso, como el náufrago á la roca!

Beso, otra vez, tu boca inanimada,
como una flor de nieve empurpurada
por la sangre que rápida corría...

Y oigo mi grito, el formidable grito
que voló de mi pecho al infinito,
Aquel grito de: *Muerta! Madre mía!*

IX

Terriblemente pálida, á tu lecho
te llevé... y ví, por la hemorragia rojos
tus labios mustios; tus abiertos ojos
grandes y acuosos, fijos en el techo.

Te entrelacé las mauos sobre el pecho,
y tus miembros, aún tibios y flojos,
palpé aturdido... y ante tus despojos,
permanecí de un hálito en acecho.

Fué lentamente, congelando el frío
tus facciones augustas y serenas;
quedó tu cuerpo rígido y... vacío;

porque, bajo tu carne de azucenas,
también huyó, con el sangriento río,
hasta el azul del cauce de tus venas!

X

Al verte, Madre, entre los brazos presa
de la Parca, ceñíme á tus despojos,
y, con mis dedos, te cerré los ojos,
cumpliendo así mi funeral promesa.

Cómo es la vida! Aquella tarde, ilesa,
del sol poniente ante los rayos rojos,
de un crucifijo al pie, puesta de hinojos,
yo, dejádote había; y ¡oh, sorpresa!

Tornaba, aquella tarde, más dichoso
á tu lado, que nunca! de repente
entré á tu cuarto: hallélo silencioso...

Y, al buscar tu mirada y tu sonrisa,
con tu cadáver tropecé!... y hay gente
que afirma aún que el corazón avisa!

XI

¡Ah, pobre Madre mía idolatrada!
yo te juré vivir mientras vivieras;
y aunque bien sé que sin cesar me esperas,
tú no quieres que acorte la jornada!

Porque tú estás en mí, reconcentrada,
como si el todo de mi vida fueras!
Madre,—te juré yo—mientras no mueras,
esta existencia atroz, será sagrada!—

Y como tú no has muerto (aunque á la fosa
dicen que te llevé), porque te siento
junto á mí, más querida y cariñosa,

no sé si al exhalar mi último aliento,
hoy, por mi voluntad, Madre piadosa,
será ó no quebrantar mi juramento!¡

XII

Y en esa duda me revuelvo y gimo
no sé si al acercarme, en esta hora,
á tí—destello de la gran aurora
celestial—te complazco ó te lastimo!

Mas, como tengo tu constante mimo,
esperaré á la Muerte bienhechora
que me aproxime á tí, ¡dulce Señora!
ya que á tí, por tu bien, no me aproximo!

Qué importan mis constantes sinsabores;
qué de mi suerte las terribles sañas
en este inmenso valle de dolores,

si sé que por doquiera me acompañas,
porque te llevo—¡amor de mis amores!—
como tú me llevaste... en las entrañas!

XIII

Esperaré; y en día no lejano,
cuando se apiade mi contraria suerte
y me depare el ósculo de muerte
que ha de salvarme del contagio humano,

pienso que cielo y tierra y océano
de gozo temblarán... y que yo, al verte,
caeré, de nuevo, en tu regazo, inerte,
después de traspasar el hondo arcano!

Mas luego, nuestras almas en un grito
de amor se fundirán.. y un mismo anhelo
nos llevará á los pies del Dios bendito;

y así como esos astros, de áureo vuelo,
que vagan de infinito en infinito,
volaremos los dos, de cielo en cielo!

XIV

Y en un eterno abrazo confundidos,
lejos de las mundanas mezquindades,
oiremos, en las altas claridades,
de la angélica orquesta los sonidos!

Y veremos, con ojos sorprendidos,
la desaparición de las edades,
hasta que el mundo, envuelto en tempestades,
caiga en rotos fragmentos esparcidos!

Y cuando en esa vida misteriosa,
toda mi sed de dicha se mitigue,
y tú sientas la calma prodigiosa,

como en el cielo todo se consigue,
tú, serás una estrella esplendorosa!
Yo, un satélite tuyo... que te sigue!

AÑO HARMÓNICO

PRIMAVERA

La campiña!
Sobre el césped del cortijo va la niña
tierna, rubia, frágil, blanca;
—bajo el brazo la muñeca
de cartón, rosada y hueca—
salta, corre, canta, grita,
y sus fúlgidos ojazos copian toda
la pureza de la bóveda infinita.
Vedla: es ritmo
y es donaire;
sus desnudos pies se agitan y parece
que también tuviesen alas
como el aire!

Dulcemente el aura toca
el capullo de su boca
que es esencia y es frescura
y es panal, húmedo y tibio,
de miel pura.
Va contenta, retozona,
va de prisa;
y en sus labios aletea
como un ave, sobre el nido, la sonrisa.

Primavera, en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

Una crencha rubia, miente
un celaje, sobre el ampo de su frente;
frente casta,
perla enorme que en el oro de sus rizos
arcangélicos se engasta;
frente pura que humedece
el sudor, y que parece,
bajo el soplo sano y frío
de los céfiros, camelia
empapada de rocío.
Va la niña; tal vez sueña
con las hadas, y se cuenta
ella misma, el cuentecillo
de la pobre cenicienta.

y sus gritos, melodiosos,
en las ráfagas deslíe,
juguetona, parlanchina,
mientras salta, corre y ríe.
Nace el alba; vibra el orto
sus espadas de reflejos
y el espacio se sonrosa, y un gran vaho
de perfumes acres, llega
de muy lejos.

Primavera, en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

ESTIO

Es rescoldo
la ancha tierra, bajo nn toldo
de verdura, una joven campesina
en el pecho de su amante
se reclina;
un arroyo serpentea, susurrante,
salta en tumbos que retumban
en las rocas del vibrante
bosque espeso;
los insectos giran, zumban
como nube de ámbar y oro,
y en el aire suena un beso
y un «te adoro!»
Ni una nube
mancha el cielo;
un gran hálito de horno, sube, sube
á las ramas silenciosas, desde el suelo

¡Cuán hermosa
la muchacha! Su mejilla
viva rosa;
y su boca, almibarada,
tiene muchos más rubíes,
muchos más que una granada!
Olorosa como el heno,
y brillante como el heno su cabeza
se endereza
como enorme flor de oro,
sobre un tallo de esbeltez y vida lleno,
mientras se alzan, con la espuma
del encaje de su traje,
medio ocultas,
las dos ondas de su seno.

El estío. por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
quemadoras.

Un suspiro, moribundo,
de amor, pasa por el mundo;
y la joven, suelto en rizos el cabello
poderoso y ondulante,
sus desnudos brazos finos,
echa al cuello
de su amante;
y se ciñe toda, toda,
al mancebo noble y fuerte:
es el día de su boda.
Con voz tierna,
asegura que su dicha
será eterna.

Por un claro del gran bosque yo la veo
que se agita, jadeante,
bajo el ansia del deseo.

El ambiente la sofoca;
el placer la descoyunta;
y, ébria y loca,
á los labios del mancebo,
sus ardientes labios junta.
Y las dos palpitaciones
de sus buenos corazones
anhelantes,
repercuten de la selva en los rincones
más distantes!..
Medio día!
al cenit el sol ya llega,
y sus dardos ardorosos, deslumbrantes,
á la madre tierra envía.

El estío, por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
quemadoras.

OTOÑO

Luz de luna
su mirada;
su pupila
noche bruna;
sus ojeras
guardan toda la ceniza
que cayó, cuando sus ojos
fueron vívidas hogueras;
su pestaña engarza en oro
un diamante de su lloro.
En un bucle que sus sienes engalana
como un hilo de alba seda, se desliza
una cana.
En el campo,
del sol mira el postrer lampo
taciturna...
del sol triste que se emboza, poco á poco,
en la clámide nocturna?

Desteñida, no provoca
ya la adelfa de su boca:
porque es flor que la sonrisa ya no mueve;
hoy sus pétalos pegados y ruinosos,
no descubren el refugio
de la nieve;
boca triste, boca seca:
en sus róseas comisuras,
de fastidio hay una mueca.
Sin embargo,
á pesar de aquel constante
dejo amargo,
en su rostro, todavía marfileño,
hay un no sé qué de dulce...
de fantástico... de ensueño!...

El otoño, en las orillas
del camino, riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

De su frente
la tersura
se deshace lentamente:
la visión del blanco invierno,
al blancor de aquel semblante
pone en fuga...
y se alarga entre sus cejas, desdeñosas
y enarcadas,
honda arruga!
en sus manos, bien cuidadas,
todas llenas
de sortijas, se insinúan
las azules serpentinas de sus venas;
y su barba, como lirio
melancólico y maltrecho,
agoniza en los encajes
de la doble y blanda lona
de su pecho.

Solitaria, yo la veo
en un banco
del paseo;
tal vez sueña con las flores
de otros tiempos: sus amores!
Los recuerdos más hermosos
y gratísimos,
ahora,
tal vez pasan por su mente,
mientras llora...
Es la tarde. Allá á lo lejos,
su cabeza el sol sumerge
en la sangre de los últimos reflejos..

El otoño, en las orillas
del camino, riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

INVIERNO

Tras la lóbrega ventana
de una choza, hay una anciana;
hila, hila,
y enturbiando
su pupila,
de sus lágrimas dos gotas,
al salir, de cuando en cuando,
y al brillar, fingen dos gruesas
perlas rotas.
Sus mejillas,
lacias, caen; se entrechocan
sus rodillas.
Viste luto,
y una huella, casi extinta,
hay apenas de su pobre seno enjuto.
En su frente
dejó el tiempo despiadado
el ultraje
de su arado.

Y su boca,
ya marchita,
es un hueco de oraciones,
de oraciones que musita
ella, sola, en los rincones
de la estancia: ¡pobrecita!
Qué se hicieron los encantos
de su cuerpo? qué las épocas felices?...
de sus manos solo quedan...
dos raíces!

El invierno, sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve.

Sopla el cierzo... y la cabeza
de la triste anciana, eriza;
la cabeza, que parece
de ceniza.
Cruje el tuero;
de rescoldo hay un reguero
en el fúnebre recinto de la estancia,
y saturan los tizones
el ambiente, de una exótica fragancia.

Débil, mustia y alelada,
en qué sueña aquella triste
mujer sóla?
en qué sueña? en nada, en nada!
Sólo advierte
que á sus plantas va formándose el vacío...
y que siente todo el frío
espantoso de la muerte!

En el cielo
desolado, el rüido
de su vuelo
y el graznido
de su canto, deja oir en las tinieblas
un mochuelo.
Es de noche; no hay un astro!
todo es sombra
en el llano y en el bosque,
y en la vega que parece de alabastro.
A la puerta
ladra un gozque.

El invierno, sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve!

FUEGO Y CENIZA

FUEGO Y CENIZA

Y llegué á mi aposento. De la orgía,
vibraba aún, en mi cerebro ardiente,
la estruendosa y horrenda algarabía.

Y con el alma sorda y con la frente
en sudor copiosísimo empapada,
me desplomé en el lecho de repente.

Hundí, absorto, en mí mismo la mirada;
ví, en mi interior, al Crimen en acecho...
y ansié la muerte; apetecí la nada!

Y, clavando las uñas en mi pecho,
sentí qne resbalaban de mis ojos,
lágrimas de dolor sobre mi lecho.

Saciados y extinguidos mis antojos,
no veía, en la negra lontananza,
más que una senda pródiga en abrojos.

En donde ni un presagio de bonanza
se entreveía, ni una lisonjera
señal de luz, ni un iris de esperanza!

Deshojábame en plena primavera,
en demanda de un lampo de ventura,
de una sola ilusión... de una siquiera!

¡Oh, que triste es gozar... y entre la obscura
caverna del fastidio rodar luego,
víctima del horror y la amargura!

Y ver que todo es vano: el grito, el ruego
la blasfemia brutal y dolorida,
y hasta las mismas lágrimas de fuego!

El vértigo sentir de la caída,
y tener, en un rapto de demencia,
que odiar á Dios... y aborrecer la vida!

Mirar las propias flores sin esencia,
y, al pensar devolverlas sus olores,
¡todo el hielo sentir de la impotencia!

Y al cabo, de la orgía en los horrores,
buscar un lenitivo á los pesares,
y ver... que allí más crecen los dolores!

Que de la pena los revueltos mares,
rugen más y se encrespan con más brío,
entre risas y gritos y cantares!

Y al fin la displicencia del Hastío
entra en el corazón y en hora aciaga
el yerto corazón... muere de frío!

Viene el remordimiento—oculta llaga
que corroe y corroe y corroyendo,
parece que el espíritu se traga!—

Y en el trágico vórtice cayendo
de la desolación, el alma muda,
ay!... sin querer morir... se va muriendo!

Qué fuerza poderosa hay que sacuda,
entonces, esta angustia horripilante,
que arraiga en nuestro ser, pérfida y ruda?

Ninguna! El infortunio sale avante,
mientras la lividez y el desconsuelo,
muéstranse en nuestro lúgubre semblante!

Cubre nuestra pupila acuoso velo,
y, al levantar los ojos empañados,
¡nada se ve del prometido cielo!

Así pensaba. (Oh, tiempos ya pasados!)
A mi oído llegaban, desde lejos,
los últimos rumores acallados...

Entonces, olvidando los consejos
maternales, saqué una fina daga
que en el aire trazó vivos reflejos!

Como el postrer celaje que se apaga
en el ocaso, envuelta en una onda
de dulce claridad trémula y vaga,

penetró en mi aposento, blanca y blonda,
una mujer de celestiales ojos
y de mirada compasiva y honda!

Acercóse; y, postrándose de hinojos,
la más pura de todas las sonrisas,
abrió el capullo de sus labios rojos!

Nunca el ala vibrante de las brisas,
tuvo el perfume que su blando aliento
derramó entre las sombras indecisas

que empezaban á entrar en mi aposento:
ay!... me parece aún que le respiro
y que su soplo embalsamado siento!

Me parece que atónito la miro,
y que su seno, mórbido y convulso,
brota el hálito amante de un suspiro!

No sé que noble y vigoroso impulso
me empujó hacia la hermosa; un fuego extraño,
devorador, aceleró mi pulso!...

Tendí mis brazos... ay! el desengaño
en ese instante, como siempre iba
á dejarme en el alma un nuevo daño?

Contuve mi amorosa tentativa,
y mi ardor reprimí... pero ya estaba
ella, en mis brazos trémulos, cautiva!

—¡No, déjame dormir!—la dije—acaba
¡oh, visión tentadora! Huye, quimera!
Aléjate de mí!—Mientras hablaba,

como el manto de un sol de primavera,
sobre mi frente pálida, caían
los bucles de su blonda cabellera!

Se cerraban sus ojos y se abrían
taciturnos, en tanto que sus manos
en mi boca las frases detenían!

—Oye—exclamó—tormentos soberanos
hoy subyugan tu ser... pero no importa,
los sueños de tu amor... no están lejanos!

Yo te daré la calma que conforta;
yo te daré la luz!.. La vida es buena
para aquel que la sufre y la soporta!

Yo que siempre la tuya he visto llena
de martirios, angustias y congojas,
como la playa de infecunda arena,

más dichas te daré, que verdes hojas
los árboles frondosos á los nidos,
y la tarde, al ocaso, nubes rojas!

Tuyos son mis encantos, mis sentidos,
y mi espíritu, terso como el lago
donde se ven los cielos escondidos!

Y tú, tan sólo me darás en pago
de mi infinito amor, tu amor eterno!
(¡Amor! única fuente en que me embriago!)

Yo rasgaré las brumas del invierno
que hay en tu corazón... y en paraíso
transformaré tu prematuro infierno!

Escúchame; no temas; es preciso
que aparte las espinas de tu senda
y te aliente en la lucha. ¡Dios lo quiso!

Yo romperé la tenebrosa venda
que tus párpados cubre; á donde vayas
iré contigo á levantar mi tienda!

Visitaremos cumbres, mares, playas,
y un refugio hallarás sobre mi seno,
si es que en el arduo batallar desmayas!

Suelta, suelta la copa de veneno
que te brinda en sus vértigos la orgía,
y ven conmigo á espacio tan sereno!—

Calló un instante, y, pura como el día,
inundó el resplandor de su mirada,
el yermo campo de la frente mía!

Y luego continuó:—Yo sé que cada
palabra dulce que mi labio brota,
tú no la escuchas... ¡oh, desventurada!—

Y al decir esto, no gota tras gota,
sino á raudales se escapó su llanto,
como la sangre de la arteria rota!

Mi mano ardía entre la suya, en tanto
que sus miradas, de ternuras llenas,
reflejaban su amor y su quebranto.

—No, déjame dormir!—la dije apenas;
y retiré su mano, más pulida
y blanca que las blancas azucenas!

Ella, ante mi reproche, confundida,
inclinó fatalmente la cabeza
sobre su pecho, como garza herida!

Y en sus ojos—abismos de tristeza—
lágrima esquiva se quedó, como una
gota de luz de celestial pureza!

—Perdóname, exclamó—¡cuán importuna
he sido, ¡infame suerte! pero sabe
que yo te adoraré como ninguna!—

Era su voz, dulcísima y süave,
como la triste queja vibradora
que alza en su nido destrozado, el ave!

Y aquella última gota tembladora,
resbaló por su faz, como el rocío
por el cendal purpúreo de la aurora!

De pronto, con más ímpetu y más brío
se abalanzó sobre mi cuerpo, hermosa,
como el astro que fulge en el vacío.

Y estrechando con fuerza poderosa
mis manos indolentes en las suyas
hechas como de pétalos de rosa,

exclamó tiernamente:—si son tuyas,
mi alma y mi carne y mi belleza rara,
no es justo... no, que de mis brazos huyas!

si me siguieras tú, ¡cómo te amara!—
y, al hablarme, así, loca de entusiasmo,
era una flor de lágrimas su cara!

—Deja, deja ese sórdido marasmo;—
continuó—ya verás cómo haré trizas
de tu suerte el fatídico sarcasmo!

Dime, por qué tus dedos no deslizas
por mis bucles copiosos... y me besas?
Por qué la hoguera de mi amor no atizas?

No te bastan mis múltiples promesas,
ni este ósculo quemante que te imprimo,
capaz do hacer tu corazón pavesas?

¡Ah, no me escuchas... y á tu lado gimo
sin esperanza y sin pensar acaso,
que con mis rudos besos te lastimo!

Y este fuego espantoso en que me abraso,
te hace mal... mucho mal!—Irguióse altiva,
y dió, hacia atrás y hacia la puerta, un paso.

Después, como esperando una expresiva
frase amorosa de mi labio mudo,
anhelante, quedóse pensativa.

Yo, que sentía en la garganta un nudo,
callé, mientras mis ojos. mal cerrados,
devoraban la carne del desnudo

cuello de aquella virgen de dorados
rizos, y boca de granada abierta,
y ojos como luceros incendiados!

Mas, *ella,* entonces, cabizbaja, incierta,
se alejó más de mí... luego afanosa,
la mano puso en la entornada puerta.

Y doliente, á la par que desdeñosa,
—adiós!—me dijo, con acento triste,
pálida como el mármol de una fosa!

—Adiós!... Todo fué inútil! No quisiste
ni mi amor ni mi vida... yo te hubiera
sacado del fangal en que caiste!...

Pero me has desechado. . aunque quisiera
salvarte en este instante del abismo
en donde yaces... imposible fuera!

Adiós! Adiós! Perdono tu egoismo—
dijo, y salió. La noche derramaba,
por doquiera, su sombra y su mutismo!

De pronto, cual si hubiese un mar de lava
desbordado en mi mente, como un loco
me incorporé... mas *ella*, se alejaba...

se alejaba á manera de áureo foco
de luz, de clara luz... y se perdía
en la fosca tiniebla, poco á poco.

Corrí... llegué á su lado!... quién creería
que, al tocarla, creció mi desventura
y se hizo más intensa mi agonía!

Porque mi mano, lujuriosa y dura,
tan solo consiguió con su torpeza,
desgarrar su flotante vestidura!

Porque *ella* huyó, con toda su belleza,
dejándome un jirón inmaculado
de su divina vestel... con tristeza

alcé los ojos: mudo y desolado
estaba el firmamento; ni una estrella
en el vasto negror anubarrado.

Solamente la rápida centella,
de cuando en cuando, al traspasar la bruma,
dejaba azul y fugitiva huella.

Yo, compungido, al ver que, como espuma,
disipádose había aquella maga,
cuyo recuerdo sin cesar me abruma,

saqué otra vez la deslumbrante daga...
mas temblé de pavor... ¡Lanzó un gemido
mi pecho—copa en que el dolor se embriga!—

Y angustiado grité:—tú, que escondido
un tesoro de amor para mí guardas!
Tú, que me ofreces en tu seno un nido!

Ven! no vaciles!... Vuelve! Por qué tardas?
No me ofreciste, en tu delirio, todo?
Mi voz subía hasta las nubes pardas!

—Perdóname—agregué—dí, de qué modo
podré hacerte tornar... Sálvame, ingrata,
ya que no de la vida, de su lodo!

Dime: por qué tu sombra se recata
en la noche sin fin de mi camino?
ven... y mi pena inconsolable mata!

Sálvame! por piedad!... Un peregrino
del desierto, te busca y te desea,
como la playa el náufrago marino!

Ven!... que en tus ojos insondables vea
otra vez tu mirada soñadora
resplandecer como la luz febea!

Pensé fueras visión;—maldita hora
de embriaguez y de hastío!..—Tu presencia
parecióme un fantasma... pero ahora

que siento que se aclara mi conciencia,
que te he visto partir... y que he aspirado
de tu cuerpo y tu espíritu la esencia,

no es justo, no, que lejos de tu lado,
me dejes, para siempre, en este mundo,
sin amor, sin virtud... y abandonado!

Ni un acento en la noche; el vagabundo
viento, aquietaba su invisible rueca.
El silencio era trágico y profundo!

De repente, una voz, cascada y hueca,
oigo salir de mi aposento; jiro
la vista ansiosa... y, como rama seca

de roble añoso, estupefacto miro
en el rincón revuelto de mi cama
una forma espectral; sueño? deliro?

Aquella sombra, con amor me llama;
también me ruega:—ven, ven, eres mío!
Ven, acércate más... no temas!—clama.—

Es un vampiro? una mujer? Un frío
polar, mi mustio corazón allana.
Sin embargo, me acerco; desconfío

de mis ojos aún. Es una anciana
de ojos sin luz, de frente comprimida,
de boca escueta y cabellera cana.

La piel toca sus huesos; desvalida,
clava en mi rostro sus marchitos ojos
donde un resto no más queda de vida.

Es un montón de míseros despojos:
resago de un incendio, gajo seco
cubierto de cenizas y de abrojos!

Habla, y su aguda voz parece un eco
que en el cálido ambiente se congela,
porque, al salir por el obscuro hueco

de su boca glacial, mi sangre hiela!
Cierro los ojos... ábrolos... No hay duda:
riendo está la misteriosa abuela!

—Ya no la implores más—ronca y ceñuda,
dice, al verme acercar—no ves que ahora,
ante tus ruegos, permanece muda?

Esa rara mujer, deslumbradora,
era «La Juventud»... con qué impaciencia
te suplicó rendida! Haces bien: llora!..,

Mas no la llames ya; de tu presencia
huyó... y no volverá con sus ternuras
á embalsamar tu lóbrega existencia!

No, ya no volverá! Las ligaduras
de sus brazos rompiste! En vano. en vano,
buscas ansioso sus miradas puras!

Ven!... acércate más.,. dame tu mano!
Ven!... Yo soy «La Vejez!» Para tí tengo
un resto de calor; mi beso es sano!

A consolar tus desventuras vengo—
y me alargó, con ademán sombrío,
su débil brazo, desteñido y luengo!

Y agregó, impacientándose:—Me río
de tu desdén... si mi fealdad te aterra,
es tarde y todo estéril!... Ya eres mío!

Aunque el cansancio en mi interior se encierra,
yo tendré para tí mimos extraños;
¡sólo te quedo yo sobre la tierra!

Yo sabré suavizar tus desengaños,
contándote la historia de la vida,
el proceso terrible de los años! —

Incorporóse un poco, y, en seguida,
echó á mi cuello sus desnudos brazos;
y me besó su boca desabrida!

Entonces comprendí que aquellos lazos
quebrantar no podía! Era el destrozo
de mi ensueño... tan pronto hecho pedazos!

Hinchó mi pecho un fúnebre sollozo,
y caí desplomado ante la anciana
que se ciñó á mi ser... llena de gozo!

Y ya su esclavo soy! Solo me afana
dormir el largo sueño de los muertos,
entrar en la gran noche del nirvana!

Porque hoy al ver, obscuros y desiertos,
sin una luz los horizontes míos,
ella me oprime entre sus brazos yertos,
y me humedece... con sus besos fríos!

LA VOZ DEL RÍO

LA VOZ DEL RÍO

Al monte, al valle y al río,
—en dónde está el amor mío?
en dónde está? pregunté.
Monte y valle enmudecieron,
y como no respondieron,
murmuró el río:—Yo sé!

La que te amó tanto, inerme,
sobre mis arenas duerme
debajo de aquel bambú;
mas ya es mía; en su despecho,
vino á acostarse en mi lecho,
cuando la olvidaste tú!

En ese bambú, parleros
le cuentan los *clarineros*
su desventuras de amor;
y en la noche le hacen dúos
melancólicos, los buhos,
de la luna al resplandor.

Por el viento desgreñada,
¡pobrecita!... una callada
noche, á mi orilla llegó;
me habló de tí... ¡pérfido hombre!
y, sollozando tu nombre,
en mis olas se arrojó!

Por un milagro divino,
ya su cuerpo alabastrino
nunca se disgregará;
al arrullo de mis ondas,
y al amparo de estas frondas,
para siempre dormirá!

A los rayos de la luna
parece una ondina, una
ondina q' esparce luz;
con mis piedras la he formado
un cementerio: un cercado,
una losa y una cruz!

Cuando Primavera brilla
en esta cálida orilla,
y comienza á florecer,
cae una y otra flor bella,
y, como todas son d' *ella,*
quizás las siente caer.

De mi amor en el exceso,
noche y día yo la beso
y la cubro, sin cesar,
con mis espumas lucientes
y mis olas trasparentes,
más puras que las del mar!

Ven, si, acaso, quieres verla;
pensarás q' es uua perla
que se cuajó en mi cristal;
como el sol tanto fulgura,
sobre su blanca hermosura,
de espumas he puesto un chal!—

Desconsolado, á la orilla
llegué; doblé la rodilla,
y en el claro fondo ví
su cuerpo al pie de una roca;
me sonreía su boca
como un doliente rubí!

Mas, ay! q' en un arrebato
de celos, el río—ingrato!
me dijo—vete de aquí!...
Ya es mía! duerme en mi lecho...
á *ella* no tienes derecho...
no la abandonaste?... dí!—

Y para aumentar mi pena,
la fué cubriendo de arena
aquel celoso hablador,
en tanto que murmuraba:
«te amaba mucho... te amaba...
pero ya es mío su amor!»

Desde entonces ¡alma mía!
cuando va á morir el día
allí me voy á sentar,
y, con hondo sentimiento,
lleno de remordimiento,
no hago más que sollozar!

Y cuando la noche llega
y con sus sombras la vega
inunda, empiezo á gritar
como un loco: «*río! río!*
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...»

MARTA

MARTA

I

En el islote de la azul laguna
(hoy extinta) del parque abandonado
de una antigua ciudad, sólo y callado,
hallé un mancebo (un loco acaso) en una

noche glacial en que la blanca luna
subía por un cielo encresponado,
tras un airón de niebla, inmaculado,
como el velo sutil de regia cuna.

Con la frente en la mano, y con el codo
apoyado en un árbol, contemplaba
el parque lleno de hojarasca y lodo.

De pronto irguióse, y, sin temor ni traba,
les habló á las estrellas d' este modo,
alzando al cielo su cabeza brava!

II

«Estrellas que radiáis en las tranquilas
soledades caóticas y eternas
del vasto azul!—Fantásticas lucernas
del gran negror!—quiméricas pupilas

de la noche sin fin!—Rubias sibilas
del destino del orbe!—Albas linternas
que alumbráis de la sombra las cavernas,
en grupos áureos y en errantes filas!—

Vosotras, que escuchasteis mi postrera
despedida... mi adiós á la hechicera
niña que os usurpó vuestros fulgores!

Decidme, en dónde está la candorosa
flor de mis sueños! La celeste rosa
que perfumó el altar de mis amores!

III

Cuanto mi vista en derredor abarca,
mudo y deshecho está; y, en mi supremo
dolor, oir, entre las sombras, temo
su reproche... y la risa de la Parca!

Muerte y Olvido, su indeleble marca
dejaron al pasar: en un extremo
del islote, se pudre el largo remo;
y, cerca dél, disgrégase la barca!

La linda barca en que los dos, á solas,
cruzábamos alegres, y sin miedo,
el agua mansa sin espumas ni olas!

y en que, al oído, le cantaba, quedo,
aquellas gemebundas barcarolas
que quisiera olvidar... y que no puedo!

IV

«El agua existe del estanque apenas!
sécase el manantial! El rudo banco
de hierro, yace allí, sobre el barranco
del islote, volcado en las arenas!

¡Oh, cuán lejos estáis, tardes serenas!
¡Auroras que la luz vistió de blanco!
¡Con qué dolor del ánima os arranco,
dulces memorias de nostalgias llenas!

Como no tengo lágrimas y ansío
llorarla siempre más (porque la rota
fuente del llanto se extinguió) Dios mío!

Al sentir qne mi llanto ya no brota,
me abrazo al banco aquel... y río, y río,
como un loco de atar... como un idiota!

V

A mañana y á tarde la veía
en ese banco; y pura y temblorosa,
el fragante capullo de una rosa
blanca, recién tronchado, parecía.

Al sentarme á su lado, sonreía
con su sonrisa casta y misteriosa,
mientras que su mirada, luminosa,
los ámbitos azules recorría.

Ojos no he visto como aquellos ojos!
Ni he visto nunca labios como aquellos,
tan dulces, tan vibrantes y tan rojos!

Ni perfiles más pulcros ni más bellos!
Ni manojos de luz... cual los manojos
rubios de sus undívagos cabellos!

VI

Los redondos capullos de su seno,
—brotes de grana y de nevado armiño—
violentaban el raso del corpiño
que sujetaba su contorno heleno.

Con su triste mirar de Nazareno
y su sonrisa cándida de niño,
tras de sí se llevaba mi cariño:
todo este corazón... que *ella* hizo bueno!

Cuando hablaba, su voz era murmullo
de onda lustral, embriagador arrullo
jamás oído en el mundano suelo;

Yo, sus frases, á veces, no atendía,
solo por escuchar la melodía
de su voz—canto que bajó del cielo!—

VII

¡Ah, sus manos!... Sus manos transparentes,
hechas como de tibia porcelana,
lotos vivos que, á tarde y á mañana,
rociaba con mis lágrimas ardientes!

Manos alabastrinas, indolentes
á fuerza de ser gráciles; de arcana
modelación que al Hacedor ufana,
porque otras no hizo iguales!... Inocentes

manos de virgen pudorosa, manos
cuyos dóciles dedos como seda,
filtraban luz de pensamientos sanos!

Ya mi mano á sus manos no se enreda!
¡Lirios que consumieron los gusanos
y deshojó la Muerte... Nada queda!

VIII

Sus pies... Una mañana en que la aurora
en el cielo sus oros derretía,
la encontré en el estanque; sumergía
sus pies bajo del agua tembladora.

Al sentirme llegar, más seductora
que nunca, irguióse la adorada mía;
y, llena de rubor,—yo no sabía...
me dijo—vete!... de llegar no es hora!—

Entonces pude ver sus pies desnudos,
como ningunos otros adorables,
por lo blancos y tersos y menudos.

Caí de hinojos y exclamé:—¡no me hables!—
y con mis labios, trémulos y mudos,
cubrí sus pies de besos inefables!

IX

Una tarde, una tarde sorprendíla
meditabunda, absorta y sonrojada;
fija en un árbol, d' estos, la mirada;
al verla, preguntéme:—en qué cavila?—

Húmeda por el llanto su pupila
inmóvil, reluciente y dilatada;
parecía una estrella aprisionada
en un rincón de cielo—color lila.—

Poco á poco, acerquéme, sin rüido,
ansiando descifrar de sus anhelos
la misteriosa clave... y, confundido

quedé, al alzar los ojos á los cielos;
porque... sabéis lo que miraba?—un nido,
en el cual se besaban dos polluelos!

X

Era toda inocencia; qué de asombro
me causaban sus raras candideces!
No esquivaba mis labios... Cuántas veces
me adormecí sobre su frágil hombro!

Entonces, como flor bajo un escombro,
entregábase á ignotas languideces,
y á Dios alzaba sus sentidas preces,
como las alzo yo... cuando la nombro!

Una vez, bajo un alba esplendorosa
en que los horizontes dilatados
se impregnaban de azul, de oro y de rosa,

con ojos muy abiertos y admirados,
de repente exclamó:—díme una cosa...
por qué se ocultan los recien casados...?

XI

Ante aquella pregunta tan extraña,
me sonrojé... porque encontrar, al punto,
no pude una respuesta; y, cejijunto,
pensé: esta niña singular... me engaña?

Sonreí solamente, y, con gran maña,
hablé de algo distinto... de otro asunto;
mas *ella*—díme ya lo que pregunto!—
murmuró medio triste y medio huraña.

Entonces se aumentó mi desconcierto;
y sus mejillas cándidas é ilesas,
y su labio, jugoso y entreabierto,

besé... y *ella*, agregó:—no me confiesas
la verdad? no será... (¡dime si acierto!)
para besarse... así... como me besas?—

XII

Catorce años tenía. Una vez vino
muy pálida y muy seria, y—yo me muero! —
sollozando, me dijo—sólo quiero
que no me dejes sola en el camino!

Sé que te vas... lo manda tu destino!
Pero... no! Tú serás mi prisionero!
¡Oh, no te vayas!... Corazón de acero
no tienes tú... ni corazón mezquino!

Estoy enferma... sufro... algo me ahoga
aquí... (me dijo, señalando el cuello)
siento como el abrazo de una soga!...

Y yo quiero vivir... todo es tan bello!...
Todo!... y ya ves: hacia la muerte boga
mi pobre barca!—Y se mesó el cabello!

XIII

El gran manto de oro, el dúctil manto
onduloso y fragante de su pelo,
rodó, á manera de dorado velo,
sobre la pedrería de su llanto!

—Por qué hablas de morir?... no es para tanto!
que, si voy á ausentarme d' este suelo,
yo volveré... lo juro por el cielo!—
la dije, presa de mortal quebranto!

De su boca en el cáliz encendido,
mi boca, siempre de la suya esclava,
posóse, entonces, como en rojo nido.

En tanto que una lágrima rodaba
por el encaje azul de su vestido,
como una gota de candente lava!

XIV

Era imposible detenerme; grave
misión iba á apartarme, de improviso,
de aquella flor del cielo; era preciso
partir al punto, y regresar... quién sabe!

En el lejano puerto ya la nave
me esperaba. ¡Tremendo compromiso!
Por cumplir un deber, el paraíso
dejar, y huir como del nido el ave!

Lento caía el gran crespón nocturno.
Marta gemía; de su llanto el fuego
me quemaba la boca!... El taciturno

cielo, callaba; entonces, poco á poco,
fuíme apartando de sus brazos... Luego,
huí, despavorido, como un loco!

XV

Aún escucho el lastimero grito
¡que se arrancó de su garganta! El hondo
ay! de dolor, que resonó en el fondo
de mi ser... y perdióse en lo infinito!

Por qué no regresé? Por qué, ¡maldito
de mí!... triunfante, como ayer, no escondo
mi ardiente faz entre su pelo blondo?
Yo la maté!... Qué infame mi delito!

La noche se espesaba. Mi cabeza
ardía como un horno; mis pupilas
gotëaban!... Un soplo de tristeza

me congelaba el corazón! Desierto
estaba todo: negras y tranquilas
las calles... Subí al tren que iba hacia el puerto!

XVI

Hundí la yerta faz en mi pañuelo,
y, embozado en su trágica negrura,
me acompañó á llorar mi desventura,
con sus frígidas lágrimas, el cielo!

De tal modo invadióme el desconsuelo,
que me sentí morir... y, en mi amargura,
pensé que era una errante sepultura
el tren, que hacía retemblar el suelo.

Cerré entonces los ojos para verla
mejor aún en mi interior. El día,
llegó anegado en su fulgor de perla!

y, al radiar de mi llanto en los raudales,
pude ver que. conmigo, el alba fría,
lloraba del vagón en los cristales!

XVII

Después... ni el mar, ni el horizonte nuevo,
ni la atmósfera azul, ni la espumante
onda con su rumor. ni el ave errante,
ni las puestas purpúreas del rey Febo,

la dulce imagen q' en el alma llevo,
lograron alejar un solo instante!
Cuán tardo el tiempo! En mi impaciencia amante,
una hora, era un siglo! un día, un evo!

Cuando alguna piadosa golondrina,
cruzaba, alegre, la extensión marina,
quizás en busca de su antiguo alero,

yo la decía:—escucha, ave sagrada!...
si, al volver á tu hogar, ves á mi amada,
dile que sufro... y que por *ella* muero!—

XVIII

Llegué... Una noche recibí una carta
que decía: «Ven pronto, te lo mando!
No me dejes sufrir!... Me está matando
tu ausencia... ven á consolarme!—Marta.»

Otra decía:» Ingrato! no se aparta
tu imagen de mi ser; de cuando en cuando,
voy al islote y... vuelvo sollozando!...
Sola!... No hay nadie que mi mal comparta!

¡Todo está triste, todo!... si supieras!
El estanque se agota! De los nidos
huyeron ya las aves vocingleras!

Dime, hasta tí no llegan los latidos
de mi doliente corazón?... qué esperas?
Ven!... Soy una mujer... toda gemidos!»

XIX

Y he vuelto, sí! La ola de la suerte
me empujó, sin cesar, de una á otra parte;
he vuelto... pero á qué?—Solo á llorarte,
rosa de amor que deshojó la muerte!—

El Pesar te mató: cobarde y fuerte,
hirió tu corazón:—débil baluarte
que al fin rindióse—Vine por salvarte,
y solo encuentro tu despojo inerte!

Y no pude llorar! y yo que ansío
llorarte hasta morir... (como la rota
fuente del llanto se extinguió) Dios mío!

Al sentir que mi llanto ya no brota,
me abrazo al banco aquél... y río, y río,
como un loco de atar... como un idiota!

XX

Estrellas que me oís desde la obscura
profundidad del infinito cielo!
Respondedme:—era un ángel... y alzó el vuelo?
ó era una estrella... y regresó á la altura?

En dónde está la mística criatura
que un instante detúvose en el suelo,
por derramar amor, paz y consuelo,
en esta alma repleta de amargura?

En dónde está?... Si me la habéis robado
para hacerla lucir en vuestro coro,
devolvédmela yá! Ved mi agonía!

O, al menos, destrenzad vuestro peinado,
que yo sabré, por el caudal de oro,
cual de vosotras es... la estrella mía!

XXI

La estrella que alumbró, como en un sueño,
el dormido remanso de mis horas;
¡Oh, mis tardes de amor! Oh, mis auroras!
¡Oh, mi radiante porvenir risueño!

En dónde estáis?... Si mi amoroso empeño
no basta á reviviros! Si traidoras
garras te hieren, corazón... y lloras!
Si ya no soy de sus encantos dueño...!

Vengá la Muerte y corte su guadaña,
á un tiempo, mi existencia maldecida
y este inmenso dolor que me acompaña!

Con su beso glacial... cierre mi herida
honda y sangrienta, *la* que nunca engaña!
Ven, ¡oh Muerte... y arráncame la vida!»

XXII

Calló el mancebo; y, con la faz helada
por la brisa nocturna, tristemente,
llegóse al banco, mudo confidente
que gozó el dulce peso de la amada.

Absorto le seguí con la mirada
á través de las hojas; de repente,
postróse de rodillas, y, doliente,
de su boca brotó una carcajada.

Yo, respetar queriendo sus querellas,
por las calles del parque medio obscuras,
torné, siguiendo mis recientes huellas.

Alcé los ojos! y, radiantes, puras,
me pareció que todas las estrellas
lloraban de dolor en las alturas!

GLORIA TROPICAL

GLORIA TROPICAL

El sol va á fenecer; su último lampo,
ya desteñido, en la extensión se pierde
de la infinita soledad del campo,
sobre el tapiz de la llanura verde.

Y, al ocultar su poderoso disco,
tras de la cumbre del lejano monte,
en pira torna el enhielado risco
que horada la quietud del horizonte.

Y cae, al fin, tras cenicienta nube
que al postrer rayo de la luz ataja.
Ese sol, tan alegre cuando sube...
por qué será tan triste, cuando baja?...

Allá, lejos, desfila,
por sobre los esteros dilatados,
una tropa de garzas, lentamente,
que semeja, en la atmósfera tranquila,
luengo festón de lirios inviolados
que van del sol á coronar la frente!

En el mar, ni una barca se divisa
á través de los velos de la bruma,
ni una ola rizada por la brisa,
ni un penacho de espuma.

El aura, temblorosa,
cargada de perfumes de azahares,
deslíe, entre la tarde silenciosa,
los susurros de amor de los palmares.

El cielo está incendiado! Arde el ocaso
como un enorme purgatorio; y arde,
en el confín del horizonte, el raso
de la túnica roja de la tarde!

El sol dió en el azul su postrer paso!...
Ya cerró, tras de sí, la colgadura
de la sombra... en su féretro de oro
yace, bajo su regia sepultura!

Llora el cielo y la lluvia de su lloro
es de estrellas; la noche avanza, obscura,
sobre el rojo cadáver, y parece
que todo va á morir; pero, á medida
que la tiniebla en lo insondable crece
y el silencio se ahonda, la gran vida,
la inmensa vida, en lo alto resplandece!

Llena lo sombra el firmamento. El día
recogió el ala pudibunda y bella;
y, entre las flores de la noche fría,
como un loto de luz, Venus descuella!

Del gran collar de perlas de la vía
láctea, la cruz austral, inmóvil, pende
con sus cuatro miríficos diamantes,
y, desde el seno de la noche, envía
su albo fulgor, mientras la luna asciende
con sus agonizantes
resplandores y su melancolía,
sin asomar aún, aunque ya esplende
su luz tras de la negra serranía!

Blanco jirón de nube,
hacia la comba del espacio inmenso,
como un extraño y lívido querube,
como una espira de compacto incienso,
desde una cresta de los Andes, sube!

Y al fin demora en la mitad del cielo,
dejando, á trechos, opalinos rastros;
y, á través dél, como á través de un velo
de novia, vénse pestañear los astros!

Y en las altas regiones,
temblorosas y puras,
aparecen las mágicas figuras
de las constelaciones.

Mientras que, los planetas,
tras del carro del sol, ígneo y radiante,
van, como apocalípticas saetas
hechas de fuego, en vértigo incesante!

En una nebulosa
que, por su forma y su blancura, afecta
los contornos del seno de una diosa,
rojo, al pasar, de pronto, se proyecta
Marte, como una herida luminosa!

Y entre el crespón nocturno,
quizás, enamorado de una estrella,
de la cual sigue la infinita huella,
el gigante Sáturno
arrastra, como un místico tesoro,
sus enormes anillos... Para *ella*
prendas serán del luminar de oro?

La luna como una
resplandeciente cuna
menguada asomó ya; cual un navio,
hendiendo va el vacio
del mar silente de la noche bruna.

Entra en un nubarrón y se recata,
como una novia tímida, en su coche,
y alumbra, con su lámpara de plata,
el calabozo inmenso de la noche!

Va del difunto sol tras de las huellas,
y, en el instante en que su disco asoma
fuera del nubarrón, finge la coma
de alguna frase escrita con estrellas!

¿No será la herradura,
hecha de plata y oro, que en sus vuelos
dejó caer, en la estrellada altura,
el crinoso corcel de la negrura,
al recorrer el circo de los cielos?

Va al cementerio de los astros: honda
profundidad, en donde el sol, ya extinto,
dejó un retazo de su cauda blonda
en el turbión de su hemorragia tinto!

Al verla el mar, en la extensión desnuda
lanza un suspiro doloroso y tierno;
y, entre las sombras de la noche muda,
comienza el canto del «Idilio eterno»:

El diálogo en que el mar la invita á solas,
bajo el flotante toldo de las brumas,
á que reciba el beso de sus olas
sobre su blanca sábana de espumas!

Mientras que, en la oquedad honda y siniestra
del alto nubarrón, y sobre un risco,
semejante á un titán que alza la diestra,
como enferma de amor, la luna muestra,
de cuando en cuando, el ojeroso disco!

Entre el abismo que la sombra cierra,
se oye luego un rumor trémulo y blando:
es la Noche, que está, sobre la tierra,
puesta de hinojos y ante Dios, orando!

.....

¡Oh, Dios! Al contemplar tus maravillas,
al conocer tu mágico portento,
yo también me prosterno de rodillas
ante tu único altar: el firmamento!

FIN DE UN DRAMA

FIN DE UN DRAMA

¡Oh, viejo mar azul!—trágico amigo
de mis tristezas mudas é ignoradas!—
Cómo me place sollozar contigo,
cuando la luna entreabre su postigo
de nubes, en las noches sosegadas
y se asoma á mirarnos, desde l' hondo
de la celeste bóveda, entre tanto
que, ante su disco pálido y redondo,
cae y desciende hasta tu mismo fondo,
amargándote más... todo mi llanto!

¡Oh, viejo mar azul! ¡Oh hermano! Cómo
mi inconsolable espíritu se alegra,
cuando sacudes tu encrespado lomo,
y lloran, sobre tí, nubes de plomo,
bajo los lutos de la noche negra!

Como un monte que vuela, como un monte
que horada y ennegrece el horizonte,
va un nubarrón hacia la etérea altura:
denso, medroso; avanza lentamente;
sube... de pronto, la fugaz serpiente
del ígneo rayo incendia la negrura,
y en un vivo zig-zag resplandeciente,
recorre toda la gigante hondura
y se extingue, en las sombras, de repente!

Un grito pavoroso, un grito inmenso,
cada vez más profundo y más intenso,
la atmósfera, al sentirse desgarrada,
brota de los abismos de su seno,
como un ay! hondo y fúnebre: es el trueno
que, como una nevera despeñada,
retumba y va como corcel sin freno,

sobre enorme timbal, de espanto lleno,
por la siniestra bóveda enlutada.

El sol ha muerto. El nubarrón, ahora,
va descendiendo hacia la tierra... y llora!
Cae la lluvia en gélica cascada,
con furia aterradora,
sobre la mar convulsa y alterada;
é inunda la cubierta del navío,
desde donde *ella* y *él*, ven la traidora
mar, que sacude extraño escalofrío!

Sopla el ronco huracán en su bocina
gigantesca; y el barco que se inclina,
ante el soplo invisible y formidable
que las jarcias y mástiles golpea,
sube hasta el lomo de falaz colina

de agua crespa... ¡momento inacabable!
El barco, cabecea!
ya desciende!... ya se hunde! ya se empina!
ya la Muerte, en el vórtice negrea!

Ella, lívida y mustia,
las pupilas pasea
por el terrible mar, llena de angustia,
mientras q' el nubarrón relampaguea!

Él, calla; no ha sentido
ni el estruendo del mar, ni ha visto el rayo.
En torvos pensamientos sumergido,
y como presa de mortal desmayo,
parece un muerto á quien llegó el olvido!

Ella, con anhelante
mirada, lo interroga, lo investiga...
De pronto, d' él, poniéndose delante,
—ven!... mi profunda desazón mitiga!
ya resistir no puedo!...
por qué desprecias á tu pobre amiga?—
clama, y concluye:— ingrato! tengo miedo!

Él, con el ceño adusto,
la mira; yergue su flexible busto,
y, con risa sarcástica, murmura,
cruel, haciendo singular remedo
de aquella melancólica hermosura:
—*Ven!... mi profunda desazón mitiga!*
ya resistir no puedo!...
por qué desprecias á tu pobre amiga?...
ingrato!... tengo miedo!...
—¡infame— digo yo... Dios te maldiga!

Miedo tienes! Ah, sí!... No lo tuviste
ayer cuando traidora me engañaste,
y sólo me dejaste...
sólo!... tan sólo!... y deshonrado y triste!
Pide perdón... siquiera...
y serás perdonada... aunque me muera!
Rompe esta trama pérfida y confusa!
Arcángel y... ramera!
dí: si todo te acusa,
por qué niegas tu falta?
dí: si tu empeño mi furor exalta,
por qué tu lengua la verdad rehusa?
ya que sembraste el cardo en mi camino,
hasta ayer tan hermoso y enflorado,
confiesa tu pecado!...
Confiésalo!... te adoro!... te abomino!—

dice, y la espalda vuelve,
mientras, *ella*, postrada de rodillas,
su corazón en lágrimas disuelve,
y estruja, con sus manos, sus mejillas.

—Soy inocente!— clama; y corrobora:
—por qué dudas de mí? por qué me humillas?
nadie en el mundo, como yo... te adora!—

Eriza el mar sus tumbos como crines
espantosas; y suenan, suenan, suenan,
los altos atambores y clarines
de la borrasca, en todos los confines,
y con sus voces el espacio llenan!

Y el mar redobla su pujanza y ruge!
Crispa sus olas como enormes garras!
Fiero león que tiembla!... El barco cruje

y baila sobre el mar, como una hoja
que va á tragarse el vórtice!
Una hoguera
en la fúnebre sombra reverbera,
flamante, viva, roja:
es un faro... que anuncia la ribera!

Valles, riscos y montes estupendos
de agua obscura y colérica, se agitan
en negra confusión, como tremendos
monstruos que se revuelcan y encabritan
con diabólico estrépito!...
El navío,
húndese en las entrañas
del piélago bravío
que finge, bajo el cóncavo vacío,
un desmoronamiento de montañas!
Con vigoroso aliento,
un hombre nada hacia la orilla, nada!

Es *él*!... es *él*, que con las olas lucha
entre el clamor horrísono del viento!
Como una queja aguda y desolada,
una voz en los ámbitos se escucha:
—Perdón!... perdón!... ven!... sálvame! cobarde!—
Es *ella* que sucumbe... abandonada!
De su terrible acento haciendo alarde,
el hombre que se aleja, la mirada
torna antrás, un momento,
y grita, próximo á arribar, —es tarde!—
y nada... y nada... y nada...
y sale al fin del hórrido elemento!

Después: el faro entre las sombras arde.
Mudos están: el mar y el firmamento!

Por qué se asombra tu mirada vívida?
por que te pones lívida?
te hace daño este cuento?.

EL REY FEBO

EL REY FEBO

¡Oh, sol! Mágico guía que arrastras por el cielo
silencioso y profundo, este mísero grano
de arena deleznable, de lodo y agua y hielo,
con las palpitaciones del corazón humano,
que se desangra y gime sin realizar su anhelo!

Sagitario divino!.. A qué profundidades
invisibles é ignotas, desbocado nos llevas?
Padre y Señor de todas las pasadas edades,
dueño de las futuras: mientras tu mole muevas,
mientras brilles, iremos tras de tus claridades!

La tierra es hija tuya: átomo obscuro y ciego,
tras de tí corre y gira y en tu lumbre naufraga;
sin detenerse nunca, sin encontrar sosiego,
por las inmensidades de los espacios vaga,
como una mariposa prendada de tu fuego!

Tú asististe al comienzo generador del mundo,
á los primeros partos de la terrena vida;
y, los primeros brotes de su seno fecundo,
saltar viste ¡ojo excelso! áurea antorcha perdida
en las desolaciones del abismo profundo!

Incendio sanguinoso finges tras de las ramas
del bosque, cuando asciendes sobre el lejano risco
que sus escarpaduras ostenta como escamas.
El planeta que cruza entre el hombre y tu disco,
no es ni un lunar apenas en tu rostro de llamas!

Artista incomparable de paleta asombrosa:
tus colores diluyes y tu oro y tu plata;
y haces de las neblinas, colgaduras de rosa,
castillos de amaranto y esquifes de escarlata,
cuando en tu sangre tinto, vas cayendo en tu fosa!

Y cuando al fin sucumbes, y la sombra cobarde,
cual sudario luctuoso, rueda por la infinita
soledad en que llora tu abandono la tarde,
de tu carro mortuorio cae una margarita
de luz: Véspero—cirio que en tus exequias arde!—

Y pienso, cuando ocultas la poderosa frente,
al morir, tras las brumas del sepulcral abismo,
que un glóbulo eres sólo, purpurino y ardiente,
glóbulo rojo de la sangre del organismo,
inmensurable y puro, del Dios omnipotente!

Por tí respira el mundo, y el hombre por tí existe.
Cuanto aquí alienta, corre tras de tus ígneas huellas;
por tí ríe lo alegre, por tí llora lo triste,
por tí, de efluvios, cantos y de guirnaldas bellas,
la superficie corva de la tierra se viste!

Por tí tienen las olas, en su rodar eterno,
murmullos y cambiantes; por tus miradas rubias,
la primavera, flores de cáliz vivo y tierno;
otoño, hojas aladas y amarillas; y lluvias
y albas descoloridas, el taciturno invierno!

Por tí surge la idea, como ascua, de la mente;
por tí los corazones aman, odian y gimen;
del arte y la hermosura eres única fuente;
y la virtud se aclara, y se ennegrece el crimen,
y las pasiones rugen al claror de tu frente!

Eres todo! A tu carro de triunfo nos sujetas
con tus hebras de oro y tu calor bendito;
y nos transportas, llenos de unción, por las secretas
profundidas hondas del piélago infinito:
¡Panal de luz que arrastras enjambres de planetas!

Tus polícromos lagos de colores expandes,
para que Aurora, en ellos, sumerja su contorno,
su contorno desnudo, tras de los luengos andes;
y pones tus caricias, tus caricias de horno,
en sus ojos azules, soñolientos y grandes!

Antes de que aparezcas, ya tu fulgor inunda
horizontes y cielos, y tierras y océanos;
mientras que, tras la niebla flotante y errabunda,
sus millones de ojos, dolientes y lejanos,
va cerrando, en el éter, la noche moribunda!

Rey del jardín sublime: cuando al cenit asciendes,
con tu clámide blonda de quemadores rayos,
el amor en los nidos y en las almas enciendes:
los abriles sonríen y se enrosan los mayos,
mientras tú las diademas del rocío les prendes!

Todo á tí sube: aroma, canto, plegaria, grito!
Y sin embargo, apenas eres tras del gran velo
azul, que al hombre encubre la realidad ó el mito,
una chispa de oro de la fragua del cielo!
un joyel, un diamante del tesoro infinito!

Oh, sol! Cuando en el caos, para siempre, tu hoguera
formidable se extinga, y en las eternas calmas
se carbonice y rompa tu enorme calavera,
de los seres que guiaste perdurarán las almas?..
El sol calla... y prosigue su sideral carrera!

NINA

NINA

Qué sóla estás en la candente orilla
del mar, mientras mi barca huye del puerto.
La rosa virginal de tu mejilla,
más que rosa, parece un lirio muerto
bajo la seda azul de tu sombrilla.

Como si fuese modelada en hielo,
tu faz, irradia ante el muriente día.
Secas tus ojos—de color de cielo—
alzas la frente... escrutas la bahía,
y me mandas tu adiós con tu pañuelo.

Mi barca, más se aleja! Casi extinta,
la tarde llora al sol, que, aunque muriendo,
con luz de oro su mortaja pinta.
La noche avanza, sobre el mar tremendo,
como una negra inundación de tinta!

La gran voz del océano, resuena
como una imprecación larga y profunda
en la medrosa lejanía... y llena
la noche de pavor; noche serena,
que el corazón, de languidez me inunda!

Véspero parpadea. Ni una nube
empaña el vasto azul del firmamento.
Blandamente, la luna, sube, sube,
cual si Dios la impulsase con su aliento,
ó la empujase el soplo somnolento
de las trémulas alas de un querube!

Ni una menuda ráfaga de viento
arruga el raso gris de la bahía.
Mi barca roza, al alejarse, apenas,
la transparente superficie fría
del mar, que, aletargado, se desmaya
en su lecho de rocas y de arenas!

Por la brumosa playa
cruzar veo una sombra... eres tú... Nina?
hace sólo una hora
que te dí el primer beso
y el último tal vez... Aún me domina
la vibrante emoción subyugadora
que sentí, al despedirme, cuando impreso
dejé en tu boca pálida y divina
aquel ósculo cálido...

Quién llora
en la playa desierta? eres tú... Nina?
tú, que piensas ahora,
desconsolada, acaso,
que jamás volveré?... dudas?... no oiste
que, ante el sol que moría en el ocaso
esta tarde, al partir, lloroso y triste,
juré mil veces refrenar el paso,
pronto, cerca de ti?...

Mientras se aleja,
raudo, mi esquife, allá en la silenciosa
orilla en donde estás, oigo una queja!
Eres tú.. Nina? Perfumada rosa:
en tu cáliz, mi espíritu te deja
un rocío de lágrimas!
Se inclina
mi barca... sopla el viento...
Una blancura,
como un gajo de lirios, grácil, pura,
tiembla entre playa y cielo:
es una ave marina?
una gaviota que sacude el vuelo?
es tu pañuelo... Nina?
sí, Nina, adiós! adiós! Es tu pañuelo!

Qué miro! El huracán la playa azota,
y arranca de tu mano el leve lino
que vuela como un pájaro marino
hacia mi barca, que en la espuma flota,
del mar, sobre el undoso torbellino!

Y, ¡oh milagro! á mi llega:
y es el ronco huracán quien me lo entrega,
húmedo aún por tu amoroso llanto!

Una nube de lágrimas me ciega...
y esa nube de lágrimas, en tanto
que oigo, á merced del soplo, que me nombras,
en larga lluvia tu pañuelo anega;
mientras, entre los pliegues de las sombras,
el huracán sus ímpetus sosiega!

Mas... no te veo ya. Voces arcanas
resuenan en las olas!..
Nina, Estrella!
Si están brillando todas tus hermanas,
por qué te ocultas tú, tú, la más bella?

.....

Hoy que están separadas nuestras vidas,
para siempre quizás, guardo un consuelo...
un consuelo en que yacen confundidas
nuestras gotas de llanto: aquel pañuelo
que, el sonoro huracán, en sus temidas
alas me trajo... al remontar el vuelo!

IDILIO ETERNO

IDILIO ETERNO

Ruge el mar, y se encrespa, y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo;
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira
tempestades, y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira...
y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos, que, de lejos,
tiemblan de amor en noches estivales
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos:
ella le dice «te amo!» en sus fulgores,
y *él* prorrumpe «te adoro!» en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito,
y le cuenta su afán y su amargura,
con una voz que truena en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube,
le habla de amor en su celeste idioma,
y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que á su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movible
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,
le grita el mar: «en tu fulgor me abraso!
No desciendas tan pronto, estrella mía!
Estrella de mi amor, detén el paso!

Un instante!.. Mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sideral me bañas!
No te alejes!.. ¿No ves tu imagen pura,
brillar en el azul de mis entrañas?»

Y *ella* exclama, en su loco desvarío:
«Por doquiera la muerte me circunda!
Detenerme no puedo, monstruo mío!
Compadece á tu pobre moribunda!

Mi último beso de pasión te envío;
mi postrer lampo á tu semblante junto!»..
Y en las hondas tinieblas del vacío,
hecha cadáver se desploma al punto.

Entonces el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y sólo,
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el obscuro velo,
tiemblan, de envidia y de dolor, los astros
en la profunda soledad del cielo.

Todo calla!.. El mar duerme, y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche,
y sueña que se besa con la luna,
en el tálamo negro de la noche!

LA ARAÑA

LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo, no alcanzado, me recuerda,
una araña ha formado
su lóbrega vivienda,
con hilos tembladores
más blandos que la seda,
donde aguarda á las moscas
haciendo centinela,
á las moscas incautas
que allí prisión encuentran,
y que la araña chupa
con ansiedad suprema.

He querido matarla:
mas... imposible! Al verla
con sus patas peludas
y su cabeza negra,
la compasión invade
mi corazón, y aquella
criatura vil, entonces,
como si comprendiera
mi pensamiento, avanza
sin temor, se me acerca
como queriendo darme
las gracias, y se aleja
después, á su escondite,
desde el cual me contempla.
Bien sabe que la odio
por lo horrible y perversa;
y que me alegraría

si la encontrase muerta;
mas ya de mí no huye,
ni ante mis ojos tiembla;
un leal enemigo
quizás me juzga, y piensa
al ver que la ventaja
es mía, por la fuerza,
que no extinguiré nunca
su mísera existencia!

En los días amargos
en que gimo, y las quejas
de mis labios se escapan
en forma de blasfemias,
alzo los tristes ojos
á mi corona vieja,
y encuentro allí la araña,
la misma araña fea

con sus patas peludas
y su cabeza negra,
como oyendo las frases
que en mi boca aletean!
En las noches sombrías,
cuando todas mis penas
como negros vampiros
sobre mi lecho vuelan,
cuando el insomnio pinta
las moradas ojeras,
y las rojizas manchas
en mi faz macilenta,
me parece que baja
la araña de su celda,
y camina... y camina...
y camina sin tregua

por mi semblante mustio
hasta que el alba llega.

Es compasiva? es mala?
indiferente? Vela
mi sueño, y, cuando escribo,
silenciosa me observa.
Me compadece acaso?
de mi dolor se alegra?
Dime quién eres ¡monstruo!
En tu cuerpo se alberga
un espíritu? Dime:
es el alma de aquella
mujer que me persigue
todavía, aunque muerta?
La que mató mi dicha
y me inundó en tristezas?

Dime: acaso dejaste
la vibradora selva,
donde enredar solías
tus plateadas hebras,
en las obscuras ramas
de las frondosas ceibas,
por venir á mi alcoba,
en el misterio envuelta,
como una envidia muda,
como una viva mueca?
Te hablo y tú nada dices,
te hablo y no me contestas!
¡Aparta, monstruo, huye
otra vez, á tu celda!

Quizás mañana mismo,
cuando en mi lecho muera,
cuando la ardiente sangre
se cuaje entre mis venas
y mis ojos se enturbien,
tú, alimaña siniestra,
bajarás silenciosa
y en mi obscura melena
formarás otro asilo,
formarás otra tela,
solo por perseguirme
hasta en la misma huesa!
Que importa!... nos odiamos;
pero escucha: no temas,
no temas por tu vida,
es tuya toda, entera!
Jamás romperé el hilo
TxU

de tu muda existencia!
sigue viviendo, sigue,
pero... oculta en tu cueva!
No salgas! No me mires!
No escuches más mis quejas,
ni me muestres tus patas
ni tu cabeza negra!..
Sigue viviendo, sigue,
inmunda compañera,
entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo, no alcanzado, me recuerda!

BUSCADORES DE ORQUÍDEAS

BUSCADORES DE ORQUÍDEAS

Tác... tác... tác... grita el hacha en la espesura.
Tác... tác... tác... sin cesar, repite el eco;
y se ahonda en el roble la cisura
mortal, al golpe despiadado y seco
del hacha, reluciente y homicida,
que va agrandando, con su filo, el hueco
de la espantosa y perfumada herida!

Y el roble, lentamente, se destronca;
parece un arpa inmensa... pero muda,
entre cuyos bordones la voz ronca
del aquilón, huirá despavorida,
sin encontrar la resistencia ruda
de la vibrante ramazón tupida...
porque el árbol que muere, se desnuda!

Ante la furia del postrer mandoble
del viejo *buscador* de faz curtida,
rueda como un titán el alto roble,
desgarrando el verdor de la maraña
hosca y espesa, en su brutal caída!

Y, produciendo un lúgubre redoble
que atruena el corazón de la montaña
por el soplo del viento sacudida,
á tierra viene como frágil caña,
aquel gigante secular... sin vida!

La fiera hirsuta asómbrase en la sombra.
Salta el ciervo veloz, ante el aciago
conflicto, y, de la grama por la alfombra,
huye el reptil ante el ruidoso estrago.

Las aves, en innúmeras bandadas,
tienden, medrosas, su tremante vuelo;
y, sesgando hacia el bosque sus miradas,
al ver las ramazones destrozadas,
se pierden en los ámbitos del cielo!

Con sus ya rotos é impotentes brazos,
en todas direcciones extendidos,
el gran muerto reposa en la hojarasca,
preso de los bejucos en los lazos.
Él, que supo luchar con la borrasca,
y de los huracanes los bramidos
oyó, y sintió los fieros aletazos,
yace por fin, con su millón de nidos,
inmóvil, sobre el suelo, hecho pedazos!

Y por la formidable cortadura
que le abrió el hacha innoble y asesina,

llora su irreparable desventura,
con odorantes gotas de resina!

En tanto, como un fúnebre lamento
preñado de nostálgicas congojas,
un largo de profundis canta el viento
entre los cortinajes de las hojas!

Clava, del muerto aquél en los escombros,
el *buscador*, triunfante, sus pupilas;
y, con esmero y pulcritud, le arranca,
ya de la prominencia de los hombros,
ya de la cavidad de las axilas,
la orquídea roja ó amarilla ó blanca.

Pobres flores! Mañana en la europea
corte, engalanarán regios salones;

y doblarán sus tallos, doloridos,
no á los destellos de la luz febea
sino al fulgor de eléctricos hachones...
Ellas!... las confidentes de los nidos!

Pobres flores!... Por ellas el frondoso
roble cayó, bajo su propio peso,
á los golpes del hacha del curioso
buscador de parásitas!... Por eso
perdió su nido el trinador alado,
y el gajo predilecto y sigiloso,
en donde el néctar de su dulce beso
daba al alegre compañero amado,
bajo el abrigo del follaje espeso!

El gran roble, somnífero y verdacho,

ya no más erguirá sobre los otros
árboles de la selva su penacho!
Ni oirá el trotar de los salvajes potros!
Ni escuchará el rugir de la pantera,
que, al gozar las caricias de su macho,
sintió morir su corazón de fiera!

Ya nunca más bamboleará, borracho
de esencias infinitas, su alta copa;
ni sentirá en su tronco los auxilios
de la terrestre savia... ni la tropa
alada, irá á cantarle sus idilios!

No más el sol, que alumbra con su tea
el universo, dorará sus frondas;
ni la brisa que canta y juguetea,
lo mecerá en la hamaca de sus ondas!

Ni nunca más, bajo la noche bruna,
del mirlo escuchará la serenata;
ni ya sus hojas volverá la luna
á bañar con sus lágrimas de plata!

Ahora, el viejo roble, desquiciado,
se pudrirá... se pudrirá en su lecho
de húmeda lama y de agresivo helecho!
¡Oh, que triste está ahí... todo encorvado!
Él, tan altivo siempre y tan derecho!
¡Oh, qué mustio está ahí... todo maltrecho!
¡Él, el sultán del bosque, destronado!

. . . . . .

Y, oh padre!... pensé en tí: roble fornido
del huerto de mi amor! Columna recia
del templo de mi hogar!—Hogar: iglesia
única y verdadera... santo nido!—

Bajo el fragante lienzo del sudario
que te envuelve, también, padre querido,
duermes como ese roble centenario,
bajo el musgo balsámico y tupido!

Pensé en tí, Muerte!.. que tan presto acudes!
Pues que tornaste en míseras pavesas
á aquel patriarca de ojos apacibles,
por robarle y robarnos sus virtudes:
bondad, amor, teruura... todas esas
parásitas del alma, inmarcesibles!

Y con odio implacable... pero noble,
contemplé al rudo *buscador* de aquellas
orquídeas melancólicas y bellas!..
Me incliné sobre el tronco del gran roble:
besé sus flores... y lloré por ellas!